

Instituto de Estudios Sociales Avanzados (CSIC)

Documento de Trabajo 92-04

El materialismo histórico como programa de investigación

Ludolfo Paramio

Instituto de Estudios Sociales Avanzados
CSIC

Publicado en E. Lamo de Espinosa y J.E. Rodríguez Ibáñez, comps.,
Problemas de teoría social contemporánea, 551-590,
Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1993.

El materialismo histórico como programa de investigación*

Ludolfo Paramio

Instituto de Estudios Sociales Avanzados
(CSIC, Madrid)

1. Marxismo y filosofía de la ciencia

Para la mayor parte de los filósofos de la ciencia de los años 60, el psicoanálisis y el marxismo eran, a veces en competencia con la astrología, los mejores ejemplos de falsas ciencias: una teoría unificada pero que no admite contrastación con los hechos, pues la adecuación de la teoría a la realidad debe ser juzgada por los propios creyentes en la teoría, por la propia comunidad que la mantiene.

Para un popperiano el marxismo es científico si los marxistas están dispuestos a especificar los hechos que, de ser observados, les inducirían a abandonar el marxismo. Si se niegan a hacerlo el marxismo se convierte en una pseudociencia. Siempre resulta interesante preguntar a un marxista qué acontecimiento concebible le impulsaría a abandonar su marxismo. *Si está comprometido con el marxismo, encontrará inmoral la especificación de un estado de cosas que pueda refutarlo* (Lakatos, 1977b: 12; he cambiado la traducción y el subrayado es mío).

Lo más paradójico es que cuando Lakatos escribía estas palabras (en 1973) el marxismo atravesaba una fase de hegemonía cultural en los países de la Europa y la América latinas, y había comenzado un notable auge en los medios académicos anglosajones. Y a la vez, sin embargo, nunca había sido tan claro que esta hegemonía y este auge coincidían con un completo caos respecto a lo que pudiera entenderse por marxismo. Las más dispares interpretaciones filosóficas se pretendían marxistas, y un número considerable de autores se atribuían además la única interpretación ortodoxa de la herencia de Marx, con resultados francamente heterogéneos.

El diagnóstico lógico era, por tanto, que el marxismo se había convertido en un sistema de valores y creencias, o, hablando de forma más precisa, en un conjunto de sistemas que sólo compartían el anticapitalismo, la creencia en una indeterminada revolución que daría paso al

* Publicado en E. Lamo de Espinosa y J.E. Rodríguez Ibáñez, comps., *Problemas de teoría social contemporánea*, 551-590, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1993.

socialismo, y el reconocimiento de Marx como fundador de las respectivas iglesias y sectas. Tenía sentido decir, por tanto, que un marxista consideraría indecoroso especificar algún acontecimiento terreno que pudiera llevarle a dejar de ser marxista.

Curiosamente, eso no parece haber preocupado especialmente en la época a aquellos que, incluyéndose en ese confuso campo de creencias y valores que se identificaban con el marxismo, pretendían además que el materialismo histórico tenía un contenido *científico*, en cualquier significado que se quiera dar al término. La filosofía de la ciencia era simplemente ignorada como una ciencia burguesa, positivista.

Las raíces de ese desencuentro son varias. Desde la desdichada y confusa arremetida de Lenin contra Mach en su *Materialismo y empiriocriticismo* (que tantos sufrimientos ocasionó a quienes en su juventud intentaron apurar el vaso del leninismo hasta la última gota), la filosofía de la ciencia podía ser vista como sospechosa de idealismo. Pero es bastante poco verosímil que la indudable continuidad entre Mach (1886) y el primer Carnap (1928) baste para explicar la ausencia de diálogo entre el marxismo y la filosofía de la ciencia: se pueden encontrar razones históricas adicionales.

La filosofía de la ciencia de este siglo está dominada hasta la década de los 60 por dos grandes escuelas, el positivismo lógico del Círculo de Viena y el falsacionismo de Karl Popper. Como nadie ignora, Popper fue por un breve período socialdemócrata, y en el ambiente de la Viena de 1929 (fecha del *Manifiesto* del Círculo) el (austro)marxismo tenía una marcada influencia¹. Se podía pensar que había condiciones para el establecimiento de algún tipo de comunicación entre ambas culturas. El ascenso del fascismo alemán, sin embargo, devastó el terreno en el que este encuentro se podía haber producido. Los positivistas lógicos y Popper (que nunca quiso considerarse como uno de ellos) emigraron a Gran Bretaña y Estados Unidos. Y en este nuevo medio intelectual el diálogo con el marxismo ya no sería posible.

Ciertamente, también los más destacados miembros de la Escuela de Francfort emigraron a Estados Unidos. Pero allí desarrollaron su exilio intelectual en una cómoda marginación de las corrientes filosóficas anglosajonas, y manteniendo a lo más un diálogo con otro gran pensamiento exiliado, el psicoanálisis revisado o radical. No había muchas posibilidades de que la filosofía de la ciencia se ocupara seriamente de *este* marxismo².

¹ Dentro del propio Círculo, Otto Neurath manifestaba un notable interés por el marxismo.

² Habría que esperar hasta el final de los años 60 para tener algo parecido a un diálogo entre marxistas francfortianos y un Popper muy solitario: véase Adorno et al. (1969).

Pero el pensamiento del Círculo de Viena tenía muchos rasgos que deberían haber posibilitado el diálogo con el marxismo, por ejemplo su profundo aborrecimiento de la metafísica y su búsqueda de hechos duros sobre los que basar el conocimiento. El primer empirismo lógico había tratado de delimitar el verdadero conocimiento científico sobre la base de su *confirmabilidad* por la experiencia, a la vez que trataba de buscar enunciados protocolares (correspondientes a experiencias inequívocas e intersubjetivas) sobre los que pudiera fundamentarse cualquier teoría con pretensiones de ciencia, de forma que todo enunciado teórico se remitiera finalmente a enunciados protocolares y pudiera ser, por tanto, considerado *significativo*.

Este intento ofrecería sin embargo dificultades crecientes, que abrieron una compleja discusión sobre el concepto de grado de confirmación (inductiva) de una teoría (Lakatos, 1977a: 174-268), y obligaron a nuevas versiones del principio de significatividad, de las que son representativas las diversas tentativas de Carnap y del portavoz inglés del Círculo, A.J. Ayer, y que se describen críticamente en un conocido ensayo de Carl Hempel (Hempel, 1959). En 1934, con su *Logik der Forschung* (Popper, 1959), Karl Popper lanzó una alternativa radical a la perspectiva de la confirmabilidad y la significatividad de los enunciados, con su propuesta de un criterio de *falsabilidad* como demarcación del pensamiento científico frente al que no lo es.

Su razonamiento es muy simple: por muchas observaciones que confirmen una teoría, ésta nunca podrá probar que es completamente cierta, ya que siempre son imaginables nuevas observaciones que la *desconfirmen*. Por tanto lo que caracteriza a una buena teoría no es estar altamente confirmada por la experiencia, sino ser altamente contrastable: ofrecer de continuo nuevas y crecientes posibilidades de ser *falsada* por observaciones que la desconfirmen.

La clave de este razonamiento es que una buena teoría científica debe poderse someter a *experimentos cruciales* de los que deberá salir airosa so pena de verse abandonada y sustituida por una nueva teoría. El progreso científico es así fruto de la contrastación y falsación de las teorías. Y una teoría que no sea contrastable ni es científica ni permite el progreso del conocimiento, ya que, por definición, no es falsable.

Esta era la base del rechazo por los popperianos del marxismo como falsa ciencia: para un marxista comprometido ninguna predicción fallida, ningún experimento crucial, podían llevarle a revisar su compromiso. A lo que se unía la lógica distancia entre una tradición filosófica anglosajona, profundamente anclada en la voluntad de claridad analítica y empirismo, y lo que había llegado a ser en la Europa continental, tras la guerra, el *marxismo occidental* (Anderson, 1976), muy ligado al existencialismo o a la filosofía hegeliana. El rechazo de los *galimatías* hegelianos, en función de un afán de claridad analítica, justificaba lógicamente la

mayor prevención ante una filosofía que se pretendía específica y superior en virtud de su comprensión de la dialéctica hegeliana, o mejor dicho, de su apropiación una vez puesta sobre sus pies y vigorosamente reconvertida en dialéctica materialista.

Pero la ortodoxia falsacionista de los seguidores de Popper recibiría un duro golpe con el advenimiento de Thomas S. Kuhn (Kuhn, 1962). Para él, lo que caracteriza a la ciencia real (lo que denomina *ciencia normal*) es la adhesión dogmática a un *paradigma*, a un marco teórico heredado, que significa a la vez una serie de logros científicos ejemplares, una manera de abordar el análisis de los rompecabezas que el científico encuentra en su práctica cotidiana y, sobre todo, una definición implícita de los problemas que la teoría puede plantearse y de la forma de resolverlos.

La adhesión dogmática al paradigma implica que el motor del progreso científico no es la falsación de teorías, sino el principio de tenacidad con el que el investigador, desde su paradigma, intenta hallar solución a los rompecabezas que surgen en su trabajo cotidiano. Y cuando se enfrenta a una *anomalía*, a un problema que no encuentra solución dentro del paradigma heredado, no considera esta anomalía como un experimento crucial que falsa la teoría, y menos aún la descarta. Recurre a hipótesis *auxiliares* (e incluso descaradamente *ad hoc*) para explicar las observaciones incómodas, y en caso extremo las ignora. Sólo cuando las anomalías se acumulan indecorosamente, y cuando se cuenta con otro marco teórico que permite resolverlas sin renunciar a gran parte de los hechos que la vieja teoría explicaba³, se produce una *revolución científica*, un cambio de paradigma. El fenómeno es descrito en términos cercanos a los de una conversión religiosa, y de hecho el único criterio que legitima la revolución científica es su aceptación colectiva por la mayor parte de la propia comunidad científica. No hay criterios normativos externos que justifiquen un cambio de paradigma, contra el principio falsacionista de Popper.

Las ideas de Kuhn eran ciertamente escandalosas, y provocaron bastante escándalo y discusión, incluyendo una posición netamente defensiva de Popper y los popperianos (Lakatos y Musgrave, comps. 1970). Pues parecían abrir la puerta a un relativismo radical: desde la perspectiva de Kuhn era difícil afirmar tajantemente que el marxismo (*cualquier* marxismo), el psicoanálisis o la astrología fueran falsas ciencias. Se podía admitir que *todo vale*, y que no hay argumentos que fundamenten las pretensiones de superior objetividad de la ciencia: ésa sería la posición de Paul K. Feyerabend (1975), mantenida especialmente en polémica contra los popperianos, que le habían considerado uno de los suyos.

³ Pues, contra la visión habitual del progreso científico como proceso acumulativo y lineal, Kuhn admite la posibilidad de que una nueva teoría no pueda explicar todos los hechos que explicaba su antecesora, y de que nunca llegue a explicar algunos de ellos: es lo que se conoce habitualmente como *pérdida de Kuhn*.

La mayor parte de los filósofos de la ciencia, sin embargo, no se apuntó al relativismo radical, sino que trató de reconstruir una metodología normativa de la ciencia⁴, esfuerzo del que nació el término *programa de investigación científica*. La idea, presentada por Lakatos en su extenso ensayo "La falsación y la metodología de los programas de investigación científica" (Lakatos, 1977b: 17-133), es una versión elaborada y dinámica de la metodología falsacionista, frente al falsacionismo *ingenuo* de los popperianos ortodoxos, y pretende combinar el hecho muy real, subrayado por Kuhn, de que ningún científico está dispuesto a tirar por la borda su teoría apenas ésta encuentre anomalías, con el principio de que la contrastación de una teoría con la experiencia es la base del progreso científico.

Simplificando mucho, se puede decir que Lakatos acepta como un hecho normal que los científicos intenten eludir las anomalías recurriendo a hipótesis *auxiliares* para salvar su teoría frente a las observaciones (contrastaciones) incómodas. Pero puede suceder que las nuevas hipótesis aumenten la contrastabilidad de la teoría (es decir, predigan hechos nuevos susceptibles de confirmación o desconfirmación por la experiencia empírica) o que no lo hagan. Si no lo hacen, o las nuevas predicciones se ven desconfirmadas (se convierten en nuevas anomalías), la teoría debe considerarse en serios apuros.

Un programa de investigación científica es una teoría en el sentido dinámico, una sucesión de teorías que se forman mediante la adición a la teoría inicial de nuevas hipótesis para dar cuenta de nuevos hechos. Un programa de investigación que no ve crecer su *contenido empírico* (su capacidad para predecir hechos nuevos), o que al hacerlo acumula un número creciente de anomalías, se puede considerar un programa de investigación estancado o regresivo. En cambio, si con la introducción de nuevas hipótesis crece con éxito el contenido empírico de la teoría (aumenta su capacidad predictiva y las predicciones adicionales obtienen una suficiente confirmación) puede hablarse de un programa de investigación progresivo.

En el planteamiento de Lakatos coexisten programas de investigación en competencia: los científicos se adhieren a uno o a otro según su grado de estancamiento y progresividad. En vez de la súbita conversión colectiva de una comunidad científica a un nuevo paradigma (que caracterizaría a las revoluciones científicas según Kuhn), ahora tenemos a la comunidad científica eligiendo en un mercado de programas de investigación rivales, que deben buscar el apoyo de los científicos mostrando una mayor eficacia en la predicción y confirmación de hechos nuevos.

⁴ Lo que Feyerabend explicó, a su vez, por la muy humana pretensión de los especialistas en metodología de justificar su propia profesión y evitar verse sin empleo.

La nueva versión del falsacionismo debería haber sido del agrado de sir Karl Popper, pues no sólo conservaba su principio más caro (la contrastabilidad y falsabilidad como criterios de demarcación entre verdadera y falsa ciencia) sino que eliminaba la visión kuhniana de una comunidad científica cerrada en torno a un paradigma dogmáticamente asumido, del que sólo puede aspirar a escapar para pasar (por un proceso de conversión cuasi religiosa) a un nuevo paradigma igualmente cerrado. Esta era la perspectiva que más debía repugnar en el planteamiento de Kuhn al autor de *La sociedad abierta*.

Pero Popper aspiraba a que el falsacionismo fuera no sólo una metodología normativa, sino a que ofreciera unas *reglas* impersonales que todo científico pudiera aplicar para saber si había llegado o no el momento de cambiar de teoría. Y la metodología de los programas de investigación dejaba una peligrosa puerta abierta al relativismo. No era claramente irracional, desde su perspectiva, que un científico se aferrara a un programa de investigación estancado, pues siempre cabía la posibilidad de que dejara de estarlo, y de que nuevas conjeturas o hechos empíricos lo convirtieran de nuevo en progresivo. ¿Cuándo se podía decir tajantemente que un científico se comportaba irracionalmente si se aferraba a un programa de investigación aparentemente estancado?

Las respuestas de Lakatos a esta pregunta, central desde la perspectiva popperiana, son sin embargo muy próximas a Kuhn. En primer lugar sostiene que la demarcación entre ciencia y falsa ciencia debe basarse en el propio consenso de la comunidad científica:

Un criterio de demarcación debe ser rechazado si es inconsistente con las evaluaciones básicas de la élite científica [...] Por supuesto, este enfoque no implica que nosotros creamos que los "juicios básicos" de los científicos son inevitablemente racionales; sólo significa que los *aceptamos* para criticar las definiciones universales de la ciencia (Lakatos, 1977b: 162 y n. 81; he cambiado la traducción).

Y, en segundo lugar, viene a sugerir que la racionalidad de un científico que se aferra a un programa de investigación estancado debe evaluarse por los mecanismos habituales de publicación y financiación de su trabajo, en último término dependientes también del consenso de la comunidad (o de la élite) científica:

Racionalmente uno puede adherirse a un programa en regresión hasta que éste es superado por otro rival *e incluso después* [...] Esto no implica que otorguemos tanta libertad como parece a quienes se aferren a un programa en regresión. En la mayoría de los casos sólo podrán comportarse así en privado. Los editores de las revistas científicas deberán negarse a publicar aquellos artículos que contengan o bien reafirmaciones solemnes de sus posiciones o asimilaciones de la contraevidencia (o incluso de los programas rivales) realizadas mediante ajustes lingüísticos y *ad hoc*. También las fundaciones para la investigación deberán negarles sus fondos (Lakatos, 1977b: 152-153; he cambiado la traducción).

Estas llamativas concesiones al consenso de los científicos no podían satisfacer a Popper, como la voluntad de mantener una metodología normativa no podía satisfacer a Feyerabend. Pese a ello, Lakatos ofreció probablemente la respuesta más lúcida al desafío kuhniano dentro de lo que podemos llamar la concepción enunciativa de las teorías y antes de la aparición de la concepción estructural de las redes teóricas, que permite una formalización distinta de lo que Lakatos llama programas de investigación científica⁵. En todo caso, puede ser bueno tratar de analizar la suerte del materialismo histórico desde la perspectiva de Lakatos: evaluar el materialismo histórico como programa de investigación.

2. La crisis del materialismo histórico como programa de investigación

Conviene ante todo aclarar qué se va a entender por materialismo histórico en este contexto. El marxismo tiene claramente dos componentes, una de estudio científico de la sociedad y otra de estrategia política hacia el socialismo. Pero su fuerza histórica se deriva probablemente de una tercera componente: la formación de un sistema de representaciones que basado en el estudio de la realidad social *garantiza* pretendidamente el éxito de la estrategia política.

Por materialismo histórico se pretende definir aquí únicamente el estudio de la sociedad y de la dinámica histórica del cambio social. Se excluyen por tanto la componente de estrategia política y la componente ideológica, con la intención de acotar lo que podríamos llamar el núcleo duro, científico, de la tradición marxista. Esto supone, desde el punto de vista del marxismo clásico, un recorte inaceptable, que consagra la división entre la teoría y la práctica propia del pensamiento *burgués*.

Ahora bien, si lo que pretendemos es evaluar la capacidad explicativa (científica) de la tradición marxista de pensamiento sociológico e historiográfico este recorte resulta imprescindible. De lo contrario estamos obligados a aceptar que no se puede medir a esta tradición por el mismo rasero que empleamos al juzgar otras tradiciones: esto significaría la interiorización de la acusación de fundamentalismo oscurantista que, como hemos señalado, se le ha venido formulando habitualmente desde las corrientes principales de la filosofía de la ciencia.

Pero es que además son muy débiles los argumentos que sostienen que en el pensamiento marxista teoría, política e ideología son inseparables. Pues esos argumentos pueden significar solamente dos cosas: o que la teoría debe contrastar su validez en la práctica política, o que en

⁵ El término *concepción estructural* fue acuñado por Yehoshua Bar-Hillel. Puede verse una aproximación a esta perspectiva en Stegmüller (1973), Moulines (1982), y Balzer, Moulines y Sneed (1987).

ciencia social las teorías son inseparables de los intereses sociales (de la práctica política) de quienes las formulan. La primera afirmación es trivial: toda teoría debe contrastarse en la práctica, y la ciencia social se pone a prueba en la capacidad para sustentar prácticas políticas, propuestas de organización de la vida social, capaces de éxito. (De hecho, el problema de *toda* la ciencia social actual es su muy escaso éxito a la hora de orientar la acción política: pero ésa es otra historia.)

El segundo argumento tampoco tiene demasiada fuerza. Pues aunque detrás de cada teoría social hubiera intereses sociales (de clase), eso no debería impedir que se contrastara con los hechos su capacidad explicativa y predictiva. Si una teoría predice una revolución en determinadas circunstancias, nos resulta indiferente que el autor de la teoría desee evitar o impulsar dicha revolución: lo importante es ver si se produce o no⁶.

En realidad, cabe sospechar que la indisoluble unidad de teoría y práctica política en la tradición marxista es tan sólo una herencia de la autoidealización por los fundadores de su propio papel, a la vez de teóricos y de dirigentes revolucionarios. Un examen cuidadoso revela que en sus propias vidas existieron momentos para la reflexión teórica y momentos para la acción política, y que esta división del trabajo secuencial en sus propias vidas prefiguraba la inevitable especialización que se institucionalizaría después.

Supongamos entonces que es una empresa legítima tratar de evaluar el materialismo histórico como cualquier otro programa de investigación en ciencia social. Debemos entonces esbozar en un primer momento una descripción de la teoría original, ver después las anomalías que ésta encuentra, y las hipótesis auxiliares que se introducen para dar cuenta de ellas; y en un tercer momento valorar si estas hipótesis han acrecentado o no el contenido empírico de la teoría original y si, en caso afirmativo, han provocado nuevas anomalías. Es decir, debemos tratar de saber si el materialismo histórico se ha comportado (y en qué momentos) como un programa progresivo o estancado.

Para describir la teoría original cabe remitirse a lo que podemos considerar ideas comunes de Marx y Engels, y hacerlo desde la perspectiva de la visión más extendida sobre cuáles eran estas ideas, no sólo porque la introducción de exégesis y matices extendería desmesuradamente el análisis, sino sobre todo porque esa visión más extendida (lo que podemos llamar *concepción clásica*) es la que ha orientado la reflexión y la acción de quienes se han movido en esta tradición con resultados socialmente significativos. Más discutible es el orden y la clasi-

⁶ En el caso concreto de las revoluciones, se puede sostener que la propia predicción marxiana de la revolución proletaria en los países industrializados la hizo imposible al provocar en la clase dominante una respuesta disuasiva. Pero esto no sería una paradoja, sino una anomalía en una teoría que daba por descontado que el Estado y la clase dominante sólo *podían* llevar a cabo políticas que condujeran a la revolución (Elster, 1988).

ficación con que se pueden enumerar estas ideas: el aquí adoptado puede justificarse por su utilidad para la discusión ulterior.

1. *Estructuralmente* toda sociedad se caracteriza por una dinámica que lleva al crecimiento de las *fuerzas productivas*; en esta dinámica se distinguen etapas históricas definidas por *modos de producción* determinados por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas; a su vez cada modo de producción determina el resto de la organización social, incluyendo el sistema político y jurídico, el pensamiento y la cultura (todo lo cual se debe entender como una *supraestructura*).

2. En términos de *acción social* el factor determinante son los intereses de las clases definidas en cada modo de producción, y en este sentido el motor del cambio social es la *lucha de clases*.

3. En cada modo de producción existe una clase *dominante*, definida por controlar la producción y la apropiación del excedente social; esta clase controla además el poder político: el *Estado* es por definición el *instrumento* coercitivo y normativo de la clase dominante, para asegurar la explotación de las clases dominadas.

4. La lucha de clases conduce al colapso social o a la sustitución revolucionaria de una clase dominante por otra, y con ello a una transformación del modo de producción; una *revolución* se produce cuando el desarrollo de las fuerzas productivas llega a ser incompatible con el mantenimiento del modo de producción existente. La revolución burguesa llevó a la sustitución del modo de producción feudal por el modo de producción capitalista.

5. Las *leyes de movimiento* del capital provocan la aparición de crisis económicas periódicas, a la vez que una creciente polarización social entre un proletariado cada vez más numeroso y pauperizado y una burguesía cada vez más enriquecida y minoritaria, lo que hace inevitable una revolución proletaria que lleve a la sustitución del capitalismo por el *comunismo*, un modo de producción sin explotadores ni explotados (sin clases).

Partiendo de este marco teórico general conviene introducir un par de matices. En primer lugar, las crisis que Marx preveía en el capitalismo eran las correspondientes a lo que hoy llamamos ciclos Juglar (6-10 años); en segundo lugar, Marx parecía creer que desde 1848 el modo de producción capitalista había alcanzado la madurez suficiente para que una nueva crisis provocara ya una revolución proletaria en los países más desarrollados, y no dudaba de que en éstos debía comenzar la revolución, ya que era en ellos donde el proletariado existía como clase social significativa.

Existe cierto acuerdo en que en el período 1873-1896, que trajo una consolidación de la industria capitalista en la Europa continental, y muy especialmente en Alemania, se produjo sin embargo una crisis económica general, la llamada Gran Depresión, que no afectó al crecimiento numérico ni al nivel de vida de los trabajadores. Se puede considerar que este hecho representaba una *anomalía* para la teoría de Marx, y así fue interpretado por los revisionistas que, como Bernstein, plantearon el abandono de la profecía revolucionaria como irrelevante para la política del movimiento obrero. Pero para la mayor parte de los marxistas sólo implicó un aplazamiento de la fecha de la revolución, y un cambio de táctica (de la insurgencia armada a la política parlamentaria) que contó con el aval matizado del propio Engels⁷.

La anomalía decisiva se produce cuando ante la primera guerra mundial los partidos obreros de Europa occidental apoyan el esfuerzo de guerra: el momento clave es la votación por el SPD de los créditos extraordinarios en el Reichstag. La revolución, o cuando menos la desobediencia civil, habrían sido las únicas respuestas a la guerra aceptables desde la perspectiva del internacionalismo proletario, pero la retórica revolucionaria e internacionalista está en contradicción con la práctica reformista, que implica muy reales intereses de los partidos obreros a corto plazo.

En términos teóricos, tanto la primera guerra mundial como la Gran Depresión podían ser asimilables con una fácil hipótesis: la inmadurez del desarrollo del proletariado en cuanto clase, y su consiguiente debilidad para optar por la revolución. Pero en 1917 se presenta lo que podríamos llamar una segunda teoría, la de Lenin, que mediante la introducción de hipótesis auxiliares, explicativas de la revolución soviética, desarrolla la teoría clásica para elaborar un programa de investigación en sentido estricto: lo que en su vertiente más política conocemos hoy por *marxismo-leninismo*⁸.

Los rasgos definatorios del programa son dos: la teoría inicial sólo debe modificarse en una hipótesis menor, manteniéndose las fundamentales, y se introducen hipótesis auxiliares que se presentan como desarrollos de la teoría clásica para hechos nuevos (en el sentido de *históricamente* nuevos y de no previstos por aquella).

1. La hipótesis menor es que aunque la revolución proletaria se debe producir en los países industrializados, donde el proletariado es una clase social significativa, el detonante de la revolución no tiene por qué ser la dinámica de la lucha de clases en estos mismos países.

⁷ En su muy conocido prólogo de 1895 a *La lucha de clases en Francia* de Marx.

⁸ La fecha de 1917 remite a lo que podríamos llamar ejemplo paradigmático de la nueva teoría, la propia revolución de Octubre, aunque sus hipótesis auxiliares fueran elaboradas en fechas anteriores.

2. Las nuevas hipótesis son dos: la entrada del capitalismo en su fase superior, el *imperialismo*, y la consiguiente aparición dentro del proletariado de los países industrializados de una capa privilegiada, corrompida por las rentas imperialistas: la *aristocracia obrera*.

2.1. La caída de la tasa de ganancia en los países industrializados convierte a éstos (las metrópolis) en exportadores netos de capital; las condiciones para ello se derivan del paso del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopolista, y de la fusión de la banca y la industria en el capital financiero⁹. El resultado es el reparto del mundo entre las potencias imperialistas, que sólo pueden aspirar a aumentar sus tasas de ganancia mediante la guerra interimperialista para modificar aquel reparto a su favor.

2.2. Las superganancias del imperialismo permiten la aparición de la aristocracia obrera¹⁰, capa privilegiada que es la base histórica del *reformismo*. Este, como cómplice del imperialismo, debe apoyar la guerra interimperialista, pero su alto coste social hará que las bases obreras se rebelen contra las direcciones reformistas ante el estallido de la revolución en cualquiera de los países imperialistas.

Aquí juega un papel decisivo la hipótesis *menor*: el que la revolución comience en un país semindustrializado no impedirá que se extienda a los más industrializados. Y además es más probable que la cadena imperialista se rompa por su eslabón más débil, la Rusia zarista, que no cuenta con una aristocracia obrera que bloquee los impulsos revolucionarios de los trabajadores, pero está abocado a la guerra interimperialista al ser un viejo imperio inmerso a la vez en la dinámica capitalista¹¹.

El esfuerzo teórico de Lenin debe reconocerse como excepcional, como una notable muestra de voluntarismo teórico en favor de la profecía revolucionaria. Sin embargo, si se tiene en cuenta que *El imperialismo, fase superior del capitalismo* es una obra de 1916, puede pensarse que el núcleo de este esfuerzo son explicaciones *ad hoc* (o cuando menos *ex post*) y que su única predicción fuerte y cumplida fue el triunfo de la revolución en Rusia. En cambio, la hipótesis de que la revolución se extendería a Occidente no se vio confirmada, lo que condujo

⁹ Barratt Brown (1970) muestra convincentemente que el análisis de Lenin se basa en la fusión indiscriminada de rasgos que se observaban por separado en el capitalismo inglés, francés y alemán, pero en ninguno de ellos simultáneamente.

¹⁰ En realidad, la Gran Depresión de 1873-1896 había debilitado numéricamente y en términos de estatus a la aristocracia obrera en el país imperialista por antonomasia (Hobsbawm, 1964).

¹¹ Lenin parece haber sobrestimado notablemente el peso de las relaciones capitalistas de producción en la economía rusa, a juzgar por su estudio de 1899 sobre *El desarrollo del capitalismo en Rusia*.

a una situación extremadamente paradójica. Por una parte, la revolución de Octubre dio gran prestigio político al marxismo-leninismo; por otra, la anomalía que suponía la no extensión de la revolución a Occidente acarreaba una gravísima crisis para su programa teórico¹².

Aunque pueda parecer un juicio demasiado tajante, cabe afirmar que el programa marxista-leninista entra en una fase de regresión incluso antes de la muerte de Lenin. El curso posterior, con las sucesivas hipótesis de construcción del socialismo en un solo país, y de coexistencia/competencia entre un mundo capitalista y un mundo socialista, no sólo no aporta ninguna nueva capacidad explicativa, sino que entra en contradicción de forma explícita con las premisas de la teoría: que el capitalismo pudiera simplemente competir con el socialismo tras la segunda guerra mundial, 50 años después de haber alcanzado supuestamente su cénit, y tras 30 de construcción socialista en la Unión Soviética, era ya poco creíble. Después de 1989, seguramente, ya no es necesario argumentar que las sociedades de tipo soviético no eran socialistas (no mostraban mayor capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas), ni que el programa marxista-leninista parece ofrecer pocas posibilidades teóricas inmediatas.

Lo más paradójico, sin embargo, es que si bien la reformulación leninista del marxismo condujo a un programa de investigación estancado casi desde su nacimiento, consiguió un trastorno sustancial del programa global del materialismo histórico, al convertir en *principio-guía*¹³ lo que hasta entonces se podía haber considerado una *teoría especial*: la revolución. Desde 1917 se ha venido considerando que el mayor éxito teórico que se podía apuntar en su haber el marxismo-leninismo era predecir (o justificar *ex post*) una revolución.

Esto le ha convertido a todos los efectos en un programa estancado, que ha tratado de explicar mediante hipótesis *ad hoc* revoluciones no predecibles en términos de la teoría original, y que por tanto no sólo no añadían contenido empírico a aquélla, sino que le creaban crecientes anomalías. Por otra parte, su indiscutible utilización legitimadora de regímenes y movimientos políticos que estaban en patente contradicción con las hipótesis centrales de la concepción clásica no sólo ha creado la evidente confusión teórica que todos conocemos, sino que le ha ocasionado un fuerte descrédito.

Sin embargo, desde los años 70 la producción académica que podemos considerar incluida en el programa de investigación del materialismo histórico ha crecido de forma casi exponencial, en particular en los países anglosajones. Las raíces sociológicas de este fenómeno son fáciles de comprender: la revuelta generacional de los estudiantes en los años 60 conduce en la déca-

¹² Del que dan buena muestra las actas de los congresos de la Internacional Comunista. Véase el brillante y concienzudo análisis de Claudín (1970).

¹³ En el sentido de Moulines (1982: 89).

da siguiente a la aparición y ascenso de una generación de profesores e investigadores que utilizan el *marxismo* como instrumento y símbolo de identidad frente a la generación anterior, que en los países anglosajones lo había desdeñado o ignorado¹⁴. En los países latinos, por el contrario, el marxismo contaba con sólidos baluartes académicos, contra los que la generación de los 60 podía afirmarse renegando del marxismo¹⁵.

Pero se puede plantear un grave problema: ¿cuál es la coherencia teórica de los trabajos que desde los años 70 cabe considerar inscritos en el programa del materialismo histórico? Lo que se intentará argumentar a continuación es que esta coherencia sólo es perceptible si se abandona la profecía revolucionaria, con la excepción parcial de aquellos que, manteniendo la profecía, la posponen a un futuro imprecisado, subrayando que, aunque "la clase obrera en Occidente está actualmente confusa, [...] tiene muchos días todavía por delante" (Anderson, 1983: 105)¹⁶.

3. Una propuesta de reformulación del materialismo histórico

El punto de partida de una posible reformulación del programa de investigación del materialismo histórico es forzosamente muy polémico: la *heurística positiva* del programa debe ceñirse a las hipótesis incluidas en los puntos 1 y 2 de la anterior descripción de la concepción clásica. Los puntos 4 y 5 deben considerarse *teorías especiales*, que presentan suficientes anomalías como para ser reemplazadas por una nueva teoría especial del cambio social, en la que la *revolución* no es necesaria para la transición entre modos de producción, sino un fenómeno *político* de consecuencias sociales impredecibles *a priori*, y desde luego no sometido a ninguna secuencia teleológica. En cuanto al punto 3, debe ser reformulado en términos de una *autonomía* del Estado esencial a su propio papel regulador de la reproducción social, que crece en la medida en que la sociedad se complejiza con el desarrollo del modo de producción capitalista.

¹⁴ Excepto en el campo de la historiografía, como muy bien ha subrayado Perry Anderson (1976). Las razones de esta excepción pueden buscarse en la capacidad explicativa del materialismo histórico para los procesos de cambio social sobre los que no pesa la profecía revolucionaria: el flanco más vulnerable de la historiografía marxista, como es bien sabido, son los intentos de acomodar los fenómenos revolucionarios a la secuencia teleológica de Marx (revolución burguesa, revolución proletaria).

¹⁵ Lo que se vio favorecido por el fracaso político del eurocomunismo: Anderson, 1976; Paramio, 1988a.

¹⁶ Aunque la mayor parte de quienes mantienen la esperanza revolucionaria provienen, como Anderson señala (y ejemplifica) de la tradición trotskista, se podría incluir en este apartado a los teóricos del *sistema mundial*, en la línea de Immanuel Wallerstein, y especialmente a Giovanni Arrighi. Los primeros esperan una maduración de la conciencia del proletariado de los países centrales, los segundos un crecimiento numérico del proletariado a nivel mundial, con la proletarización de la periferia.

Dicho en otras palabras: reformular el programa del materialismo histórico exige olvidarse de la profecía revolucionaria, dar de lado las predicciones de *El capital* sobre las consecuencias sociales de las leyes de movimiento del capital, y considerar a la teoría instrumentalista del Estado (el Estado como instrumento de la clase dominante) como generalmente inadecuada *en sociedades complejas*, en vez de suponer, a la inversa, que la autonomía del Estado es un fenómeno propio de circunstancias excepcionales.

Independientemente del grado de desacuerdo sobre la propuesta, parece inevitable admitir que se trata de cirugía mayor. Y para subrayar aún más su alcance, puede añadirse que el punto 2 debe reformularse en otros términos: la acción social está determinada por los *intereses individuales*, dentro de los cuales, y sólo *bajo determinadas circunstancias*, pueden pesar prioritariamente los intereses de clase definidos por las relaciones de producción.

Todas estas modificaciones propuestas pueden justificarse sobre dos bases: en primer lugar, no afectan al núcleo de la teoría; en segundo lugar, los cambios propuestos eliminarían las anomalías acumuladas por el programa, a la vez que, recuperando la *heurística positiva* de éste, permitirían ampliar notablemente el contenido empírico de la teoría. Lo que, en otros términos, quiere decir que convertirían en *aplicaciones* de la teoría un buen número de estudios concretos inscritos en un sentido amplio, pero sin coherencia formal, en el campo del materialismo histórico.

En este punto puede ser bueno adoptar la terminología propia de las redes teóricas, dentro de la concepción estructural de las teorías. Es preciso partir de que esta concepción sólo es aplicable en rigor a teorías matematizadas, y que de hecho nace del intento de reconstruir mediante una axiomatización conjuntista (y no enunciativa) las teorías físicas. Pero su aplicación por analogía a un programa que, como el materialismo histórico, se encuentra en buena medida en una fase de constitución, puede en cambio aportar un lenguaje intuitivamente más claro para la definición de los problemas teóricos.

En una red teórica simple se cuenta con un primer elemento teórico y un conjunto de elementos que se pueden considerar especializaciones de aquél. Cada elemento se define por un núcleo¹⁷ y un conjunto de aplicaciones propuestas. Un elemento es una especialización del elemento primero si su núcleo incluye axiomas adicionales a los contenidos en el núcleo de aquél, es decir, si su núcleo es una especialización del núcleo del elemento primero. En un caso más complejo, puede pensarse en la existencia de varios elementos primarios.

¹⁷ Que, en una teoría matematizada, es una estructura que incluye los modelos *potenciales* de la teoría, los modelos de ésta en sentido estricto (que cumplen no sólo los axiomas propios, o puramente analíticos, sino también algunos axiomas impropios, o de contenido empírico), y las condiciones de ligadura que vinculan entre sí a los modelos de la teoría.

La propuesta que se pretende hacer aquí es que el materialismo histórico tiene dos elementos primarios, correspondientes a lo que en la descripción inicial de la concepción clásica se definieron como puntos 1 y 2. Y que mientras el elemento 1 no precisa cambios, el elemento 2 debe reformularse en dos sentidos: primero, sustituyendo el interés de las *clases sociales* por el de los *individuos*; segundo, especificando que los intereses individuales sólo vienen determinados por los de clase en condiciones específicas.

En 1978 se produjo lo que podemos considerar el momento decisivo de la reformulación del materialismo histórico con la aparición de la muy excepcional obra de Gerald Cohen *La teoría de la historia de Karl Marx* (Cohen, 1978). El propósito del libro es doble: por una parte aplicar los criterios analíticos al núcleo de la teoría de Marx, por otra justificar los axiomas que componen este núcleo mediante *leyes consecuenciales* que permiten hablar legítimamente de *explicación funcional*¹⁸.

Dicho de otra forma: Cohen pretende mostrar que la filosofía de la historia de Marx puede expresarse en un lenguaje analíticamente claro (sin galimatías hegelianos), y que una vez así traducida puede justificarse formalmente. En el primer aspecto hay acuerdo general en que su libro logra plenamente el objetivo al precio de un esfuerzo de clarificación casi exasperante, por lo laborioso, para el lector poco familiarizado con la filosofía analítica, que puede sentir a veces que se busca de forma innecesaria una excesiva complejidad en enunciados intuitivamente muy simples. Pero para un lector muy tenaz o más preparado en este campo el resultado es bastante convincente y merece la pena.

En el segundo aspecto las cosas son más complejas. Cohen trata de mostrar que son formalmente legítimas las siguientes tesis de Marx: 1, las fuerzas productivas -es decir, los recursos productivos materiales de la sociedad- tienden a desarrollarse a lo largo de la historia; 2, la naturaleza de las relaciones de producción -la organización del proceso productivo en función de la propiedad de los medios de producción- en una sociedad concreta se explica por el nivel de desarrollo que han alcanzado en ella las fuerzas productivas; y 3, la estructura económica -término que para Cohen se refiere *sólo* a las relaciones de producción, es decir, a los aspectos sociales y no materiales de la producción- explica a su vez la supraestructura de una sociedad, es decir, el conjunto de las instituciones no económicas de ésta.

Conviene subrayar que la objeción más frecuente contra estas tres tesis de Marx proviene de la existencia de contraejemplos. Los antropólogos pueden citar abundantes sociedades *primitivas* que no muestran el menor afán por desarrollar su productividad, contentándose por el

¹⁸ Sobre este punto repetiré razonamientos ya expuestos en Paramio (1988b).

contrario con la satisfacción a un nivel muy bajo de sus necesidades materiales. Y cualquier historiador o sociólogo puede poner ejemplos de sociedades, pasadas o presentes, en las que la cultura o la forma de Estado son copias de las existentes en otras sociedades más desarrolladas, pero que se adecuan mal tanto a su propio nivel de productividad como a las relaciones de producción existentes en ellas. Adelantando un razonamiento posterior, propongo entender las tesis de Marx (en la versión de Cohen) como leyes *tendenciales*, a las que no afecta la existencia de anomalías, sino la capacidad de estas anomalías para consolidarse como realidades históricamente prolongadas.

Si se acepta posponer el problema de la interpretación empírica de las tres tesis, podemos abordar el problema de la validez de su legitimación formal. Como se decía anteriormente, Cohen busca legitimarlas como leyes¹⁹ consecuenciales, en que el efecto *positivo* de su cumplimiento (sus consecuencias positivas) lleva a su efectivo cumplimiento. Este es un ejemplo de explicación funcional: un rasgo de un organismo o de una cultura se intenta explicar por su *función* positiva para ellos.

Aunque la explicación funcional ha sido siempre acogida con bastantes precauciones, la crítica más interesante que se le ha formulado a Cohen es la de Jon Elster (1982), que motivó una notable polémica (Cohen, 1982; Van Parijs, 1982). Las leyes (o enunciados legaliformes) de Cohen pueden responder a falsas correlaciones, empíricamente observables pero que no manifiesten una verdadera relación causal. La única forma en que pueden pasar de la mera legitimidad formal a la validez empírica es la definición de los mecanismos *causales* que explican la existencia de la correlación. Dicho de otra forma: ¿por qué causa si el desarrollo de las fuerzas productivas tiene consecuencias positivas debemos esperar que se dé y se generalice?

Curiosamente, se puede pensar que la respuesta a este interrogante depende de lo que definamos como consecuencias *positivas*. E intuitivamente Cohen y Elster coinciden en entender como tal la capacidad adaptativa darwiniana para sobrevivir en un mundo competitivo: es positivo para una sociedad lo que aumenta sus posibilidades de sobrevivir, no necesariamente lo que hace a sus miembros más felices o más libres.

Supongamos que abordamos el problema desde esta perspectiva y consideramos los tres tipos de mecanismos que propone Cohen. El primero es la acción intencional: *alguien* (la clase dirigente, el Estado o un nuevo grupo ascendente) introduce deliberadamente los cambios por esperar de ellos consecuencias positivas. Por ejemplo el Estado aumenta el desarrollo tecnológico para competir en el mercado mundial, o un sector de la élite gobernante lleva a cabo la

¹⁹ O, con más cautela, como *enunciados legaliformes*.

transición de un régimen autoritario a un régimen democrático para evitar el riesgo de un colapso político y social una vez que el desarrollo económico ha creado una sociedad moderna.

Además de esta acción intencional, Cohen propone otros dos mecanismos a los que denomina darwiniano y lamarckiano. Se podría hablar en uno de selección natural y en el otro de selección cultural. Las instituciones económicas (las empresas, o las relaciones de producción) serían naturalmente *filtradas* por la competencia en un mercado capitalista, por ejemplo. Eso sería selección darwiniana, mientras que tendríamos selección lamarckiana cuando el Estado se adaptara a cambios en la sociedad que impiden el mantenimiento de estructuras anteriores.

En rigor, los tres mecanismos se reducen a dos: *acción intencional* y *selección estructural*. Es decir, que las posibilidades son que un sujeto introduzca cambios sociales adaptativos o que éstos se produzcan por prueba y error, generalizándose cuando sólo sobreviven las sociedades en que se han dado estos cambios a tiempo. Y no son mecanismos metodológicamente excluyentes: lo esperable es que la acción intencional sea el intento de algún agente de utilizar la experiencia anterior de ejemplos positivos o negativos de selección estructural. En este sentido, la adaptación *lamarckiana* sería intencional: a través de algún mecanismo de representación social (democracia) cambiaría el personal político gobernante adaptándose así el Estado a los cambios sociales, o bien (en un Estado autoritario) un sector de la élite gobernante optaría por transformar el Estado a la luz de experiencias catastróficas de selección estructural que mostrarían la inviabilidad de mantener la anterior forma del Estado.

Pero en el planteamiento hecho hasta ahora sólo aparece como rasgo *positivo* de adaptación funcional la capacidad de una sociedad para sobrevivir en competición con otras. Con ser éste un aspecto insoslayable de toda la historia conocida, no agota sin embargo las posibles definiciones de adaptación positiva, y se puede introducir un segundo aspecto: el *refuerzo* del equilibrio interno de una sociedad dada²⁰. Este equilibrio puede entenderse en cuanto capacidad tanto para evitar el conflicto como para enfrentarlo coercitivamente, y una vez más se puede distinguir entre acciones intencionales de refuerzo y filtros estructurales que tienden a aumentar el equilibrio interno.

Si el modelo más simple de filtro estructural que selecciona las soluciones más competitivas es la selección natural darwiniana, el modelo de refuerzo no intencional puede buscarse en la cadena absorbente de Markov: una estructura en la que existe un estado de equilibrio, siendo nula la probabilidad de abandonarlo una vez alcanzado y mayor que cero la de alcanzarlo partiendo de un estado distinto. Dadas unas condiciones de contorno estables, y contando con el tiempo necesario, el sistema alcanzará inevitablemente el estado de equilibrio.

²⁰ La idea está tomada de Van Parijs (1981).

En este esquema más amplio tenemos dos variables (competitividad exterior y equilibrio interno) y dos tipos de mecanismo (acción intencional y filtro estructural) que pueden conducir a la explicación del cumplimiento de los tres enunciados consecuenciales de Marx-Cohen. Pues la sociedad que obtiene ventajas comparativas en una o las dos variables tiene mayor capacidad de sobrevivir ante un entorno darwiniano o ante los conflictos internos. Se puede hacer la hipótesis de que la combinación óptima de ventajas en ambas variables se obtiene cuando una sociedad cumple los tres enunciados legaliformes, y se torna en consecuencia especialmente capaz de sobrevivir (para un mismo tiempo histórico) frente a otras.

Este es claramente el caso de las sociedades altamente desarrolladas, con economías de mercado y Estados democráticos con alta capacidad redistributiva. En un contexto de sociedades pretecnológicas, una sociedad sin desarrollo productivo puede sobrevivir largo tiempo, pero en competencia con sociedades desarrolladas sucumbirá en breve plazo: por ejemplo las culturas indígenas en América, pese a las notables diferencias que se pueden observar entre la cultura incaica y las culturas nómadas de América del Norte, ante la llegada de los europeos. De la misma forma, a iguales niveles tecnológicos la existencia de una economía de mercado ofrece ventajas comparativas (Europa a partir del siglo XVI frente a China, el Occidente capitalista frente a la Unión Soviética en el siglo XX). Y la existencia de un Estado democrático parece ofrecer mayores garantías de estabilidad interna frente al conflicto interno (en situaciones de crisis económica, por ejemplo) que la persistencia de regímenes autoritarios, lo que podría explicar el colapso de las dictaduras latinoamericanas en la década de los 80.

Es curioso observar, aunque esto quede fuera de la argumentación principal, que mientras la primera variable (capacidad para competir en un entorno darwiniano²¹) apunta a los aspectos más oscuros del mundo en que vivimos, esa fase final de la prehistoria de la que hablaba Marx, la segunda variable, el mayor equilibrio interno, remite a lo que podríamos llamar progreso civilizatorio: la mayor estabilidad de sociedades con un *Estado representativo*²² y cierta *integración social* significa que una sociedad que mantiene una dinámica de progreso material dentro del marco de ciertos ideales morales compartidos es más sólida que aquella que descansa en la dominación desnuda o en una desigualdad consagrada por la tradición pero que se puede hacer explosiva si la tradición es quebrantada por cambios inesperados o/e indeseados.

²¹ Este enfoque de pura selección natural aparece en Runciman (1989).

²² En este contexto basta con entender por Estado representativo la exigencia mínima de que los gobernados tengan capacidad para deponer pacíficamente a los gobernantes cuya gestión no aprueban, sin necesidad de introducir una definición normativa fuerte de democracia.

Volviendo al hilo del razonamiento, si se acepta que el cambio social se caracteriza por alguna combinación de acción intencional y filtros estructurales (en forma de selección natural o refuerzo del equilibrio interno), se puede sostener razonablemente que los tres enunciados legaliformes de Marx-Cohen tienen una explicación causal suficiente como para ser algo más que falsas correlaciones. El problema es que su interpretación debe ser tendencial, lo que significa que su sentido debe buscarse en plazos temporales dilatados y homogéneos: es posible tanto la existencia de sociedades sin desarrollo productivo como de sociedades de alta tecnología sin relaciones de mercado siempre que no deban coexistir durante un plazo dilatado con otras que cuenten con rasgos más funcionales para sobrevivir en un mundo competitivo.

Esto significa también excluir cualquier concepción unilineal del desarrollo de las sociedades humanas, a la manera de la teoría de los cuatro estadios de la Ilustración escocesa o de la sucesión universal de modos de producción que los manuales de marxismo-leninismo de la época estaliniana creyeron poder deducir de la obra de Marx²³. A lo más se puede hablar de que los tres enunciados permiten prever una creciente convergencia a partir de sociedades con orígenes económicos, sociales y políticos (estatales) muy distintos e irreducibles a un único modelo *primitivo* de sociedad.

Por decirlo así, la historia, lejos de ser un proceso lineal (ascendente o no) se nos presentaría como un tallo en el que lenta y dolorosamente van convergiendo raíces extremadamente complejas y profundas, tallo común que sería el moderno sistema mundial²⁴ con altos recursos tecnológicos, crecientemente mercantilizado y en el que hoy bien cabe hablar de una convergencia hacia las formas democráticas de organización estatal (aunque pudiera tratarse sólo de un espejismo temporal que se quebrara en los próximos años ante una nueva oleada de autoritarismo, como ya sucumbieran las anteriores mareas democráticas que siguieron a la primera y la segunda guerras mundiales).

Pero más allá de las interpretaciones que pretendamos darles, o de la filosofía de la historia optimista o pesimista desde la que los contemplemos, lo cierto es que los tres enunciados consecuenciales de Marx en su reconstrucción por Cohen pueden tomarse como *axiomas*²⁵ constitutivos de un elemento primario de la red teórica que formalizaría un programa de

²³ Aunque no sin problemas: como es sabido, el modo de producción *asiático* fue proscrito de estos manuales por presentar una peligrosa similitud con la realidad soviética. Esto condujo por un lado a que Wittfogel fuera condenado por sus teorías sobre el *despotismo oriental*, y por otra a que Rudolf Bahro recurriera a este concepto para caracterizar a los regímenes de tipo soviético. En realidad, como ha mostrado convincentemente Perry Anderson (1974: 462-549), el concepto de modo de producción asiático es sólo un cajón de sastre en el que Marx trató de subsumir todas las formas históricas de producción ajenas a la evolución europea.

²⁴ Cuyos orígenes algunos autores remontan a la formación de una *economía-mundo* capitalista europea en el siglo XVI: véase Wallerstein (1974).

²⁵ En el mismo sentido en que se habla de los tres axiomas de Newton en la mecánica clásica: véase Moulines (1982).

titutivos de un elemento primario de la red teórica que formalizaría un programa de investigación al que con toda legitimidad (aunque sin grandes esperanzas de unanimidad) podríamos llamar materialismo histórico. Los tres axiomas de este elemento son formalmente legítimos y admiten contrastación empírica: pero, sobre todo, existen numerosos ejemplos de su potencia heurística, incluyendo el fracaso de los intentos de mantener economías estatalizadas en sociedades de alto desarrollo de las fuerzas productivas.

Supongamos entonces que se acepta la validez de este primer elemento primario y examinemos el segundo: que el motor de la acción social es el interés individual y la búsqueda de la maximización de la utilidad, y que en determinadas circunstancias esto puede reducirse a la maximización de los intereses de clase en el sentido en que los entendía Marx.

4. Interés individual, acción colectiva y acción de clase

Como es bien sabido, Marx no establece una distinción nítida entre acción intencional y causalidad estructural, y los intentos de trazarla, por ejemplo la dicotomía de Poulantzas entre un *campo de las estructuras* y un *campo de las prácticas* (Poulantzas, 1969), no han ofrecido resultados satisfactorios. Pero es indudable que en Marx hay una teoría de la acción intencional: el motor de la historia es la lucha de clases. Movidos por los intereses de clase los hombres²⁶ se enfrentan en cada modo histórico de producción hasta provocar su colapso catastrófico o su superación con la llegada de un modo de producción superior.

Esta es una idea sumamente desacreditada en la sociología de los años 80, desde dos perspectivas fundamentales, bien distintas y sin embargo complementarias. Por una parte algunos autores subrayan la conexión de la idea de lucha de clases con la hipótesis revolucionaria, y señalan que el proletariado industrial de los países desarrollados no parece mostrar la menor vocación revolucionaria. Por otra parte son abundantes los autores que, desde una perspectiva de izquierda, siguen el camino abierto por Herbert Marcuse y niegan a la clase trabajadora manual una capacidad revolucionaria que sí ven, en cambio, en nuevos movimientos antisistema, como los jóvenes, el ecologismo en cuanto ideología o el feminismo. En el primer caso, la improbabilidad de la revolución demuestra la futilidad del concepto de clase, en el segundo la deseabilidad de la revolución lleva a buscar agentes históricos distintos de las clases.

²⁶ Nunca mejor empleada la palabra *hombres*, porque el problema de los intereses de las mujeres en cuanto tales no llega a plantearse en su obra. Y cuando Engels lo trata, en su célebre *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*, es para concluir que la "cuestión de la mujer" se resolverá de forma automática con la abolición de la propiedad privada y la superación de las clases sociales.

Desde ambas perspectivas se mantiene la centralidad de la hipótesis revolucionaria, que en el programa que aquí se pretende diseñar desaparece (las revoluciones pasan a ser algo a explicar, no algo inevitable o necesario). Por tanto el análisis se va a ceñir a la discusión de otras perspectivas: la crítica del *privilegio ontológico* de los intereses de clase y la crítica de la teoría de la lucha de clases por su *colectivismo* metodológico.

Los más conocidos representantes de la primera posición son Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (Laclau y Mouffe, 1985). Partiendo de un concepto de la realidad social como realidad discursiva, niegan cualquier posibilidad de reducción de lo social a la estructura económica o productiva. Del rechazo del *reduccionismo* económico se pasa a la negación de todo *privilegio ontológico* de los intereses de clase a la hora de determinar la dinámica política.

Esta posición surge, y es importante recordarlo, para abrir el camino a una concepción democrática de la política socialista, frente a una tradición que del privilegio de los intereses de clase deduce el sometimiento de todo interés social a los intereses de la clase históricamente ascendente, el proletariado, y *una vez supuesto un conocimiento científico de estos intereses por un partido marxista*, convierte a éste en sujeto histórico indiscutible con suprema autoridad sobre los deseos e intereses sociales, en primer lugar los de las clases dominantes, pero a fin de cuentas también sobre los de los propios trabajadores. Es fácil pensar por tanto que una política democrática exige negar el privilegio ontológico del proletariado para negar el despotismo político del partido de vanguardia.

Conviene subrayar sin embargo que el núcleo del carácter antidemocrático de la política leninista no se halla en la idea de un privilegio ontológico de los intereses del proletariado, sino en la pretensión de que estos intereses sólo pueden ser conocidos plenamente (en su dimensión histórica) por una minoría políticamente organizada, que tiene así autoridad moral para imponerlos al conjunto de la sociedad. En un terreno puramente teórico se puede sostener que los intereses de clase son centrales para explicar la dinámica del conflicto social y sin embargo reconocer que tales intereses no son definibles desde afuera, sino que deben expresarse a través de los mecanismos de la democracia representativa²⁷.

Pero el punto que aquí se quiere señalar es otro: si aceptamos los tres enunciados de Marx-Cohen parece necesario otorgar a la estructura económica (las relaciones de producción) un papel de filtro estructural que selecciona las posibles formas de Estado y, en general, de supraestructura política, que pueden consolidarse establemente en una sociedad. La exigencia de períodos de tiempo prolongados nos permite reconocer una amplia autonomía a la política, pero la exigencia de adecuación de la supraestructura a la estructura en el, digamos, estado de

²⁷ Como expresa, hablando de la experiencia socialdemócrata, el conocido libro de Korpi (1983).

equilibrio, nos fuerza a dar una cierta consideración a los conflictos de interés determinados por la propia estructura económica. Quizá no el papel central, pero ciertamente tampoco uno marginal.

Pero aquí entra en juego la segunda posición que se pretende discutir: la crítica de la teoría de la lucha de clases por su carácter metodológicamente *colectivista*. El principal representante de esta crítica es Jon Elster²⁸, quien defiende como único paradigma válido para la ciencia social el individualismo metodológico. Desde esta perspectiva no cabe hablar de intereses de clase sin derivarlos de los intereses de individuos particulares (los supuestos miembros de esa clase), ya que los individuos son el único punto de partida empírico sobre el que se puede apoyar una teoría social.

En rigor, el individualismo metodológico no es la única opción válida para la ciencia social, como no toda ciencia física debe partir del estudio de los átomos o las partículas elementales. Se puede postular la existencia de entidades intermedias, que no deben ser forzosamente observables, siempre que permitan explicar satisfactoriamente la conducta de las entidades observables. El problema es que las clases sociales han presentado, al menos desde la segunda guerra mundial, graves problemas de operatividad como herramientas para el análisis social²⁹, y en este contexto resultan especialmente vulnerables ante el reto del individualismo metodológico.

Este, además, constituye hoy probablemente el más vigoroso programa de investigación en metodología de las ciencias sociales, en parte por la fuerza que le da la utilización de un formalismo tan elaborado como el de la microeconomía, y en parte porque su claridad y rigor, y su ambición explicativa³⁰, le convierten en una línea de trabajo mucho más sugestiva que la sociología fenomenológica o interpretativa, o cualquier otra escuela de las que compiten por ofrecer un paradigma a la ciencia social.

Ello se ha reflejado dentro del mismo pensamiento social de izquierda: en algunos casos, como el de Elster, en un replanteamiento radical de sus posiciones desde el marxismo al individualismo metodológico, y en el de otros en un intento de hacer compatibles los problemas tradicionales con el nuevo enfoque, o al menos de valorar éste con un ánimo no necesaria-

²⁸ Especialmente en su polémica con Cohen (Elster, 1982). Es del mayor interés también su propia reconstrucción del pensamiento de Marx (Elster, 1985).

²⁹ De los que son muestras recientes entre los autores marxistas el esfuerzo de Wright (1985) y el debate posterior recogido en Wright et al. (1989).

³⁰ Desde esta perspectiva se han ofrecido explicaciones de hechos tan diversos como la conducta familiar (Becker, 1981), la aparición del capitalismo (North, 1981), y las insurrecciones campesinas (Popkin, 1979).

mente hostil³¹. Se ha hecho así muy común la expresión *marxismo analítico*, para designar la fusión de un marxismo clarificado analíticamente (a la manera de Cohen) con la teoría de la *elección racional* que constituye el núcleo del actual individualismo metodológico.

Supongamos que aceptamos el desafío del individualismo metodológico y a la vez sostenemos que el concepto de clase remite a los intereses comunes a las personas que comparten una misma posición (objetiva) en las relaciones de producción. Entonces nos enfrentamos al problema de determinar en qué condiciones el interés común de clase se traduce en *acción colectiva*. Pues el principal problema que pone de relieve la teoría de la elección racional es que no siempre la existencia de intereses comunes lleva a la movilización mayoritaria (y mucho menos completa) del colectivo que comparte dichos intereses a fin de lograr su satisfacción.

Esta es la conocida paradoja del *free-rider*, el polizón, el que hace el viaje gratis (Olson, 1965). En grupos extensos, la conducta individual más racional ante un conflicto entre los intereses del grupo y otros ajenos puede ser la de no participar, esperando que la participación de otros miembros obtenga los resultados esperados (cuyos beneficios afectan a *todos* los miembros del grupo) y permitiendo que sólo los participantes en el conflicto carguen con los riesgos y costes de la movilización. Cuando el colectivo es una clase social, es evidente que sus considerables dimensiones hacen especialmente posible la aparición de una mayoría de *free-riders* frente a una minoría movilizada.

Esto no tiene por qué suceder si el conflicto de clase se plantea en una comunidad de dimensiones reducidas, y en la que las relaciones personales (el intercambio recíproco) desempeñan un importante papel en la consecución de los intereses individuales. En una comunidad minera, por ejemplo, es mucho más difícil comportarse como un *free-rider* (esquirol), por el precio que el individuo y su familia pueden pagar por tal conducta. Este es también el caso de las comunidades campesinas enfrentadas con el señor local (Calhoun, 1988). Esto implica, sin embargo, que la acción colectiva de clase sólo es esperable normalmente en grupos sociales relativamente pequeños y aislados, en cierto sentido tradicionales: utilizando la expresión de Calhoun, allí donde puede darse el *radicalismo de la tradición*, con una fuerte componente de solidaridad moral que se sobreimpone a la búsqueda de la utilidad individual.

Esto exige homogeneidad de intereses, ámbitos aislados y dependencia de la colectividad para sobrevivir. La componente moral, comunitaria, puede interpretarse como reflejo de un cálculo a medio plazo sobre la utilidad individual. Mejor correr riesgos con el resto de los miembros del grupo que verse expulsados de él y perder los recursos *materiales* que ofrece la pertenencia.

³¹ Véanse, como ejemplos: Carling, 1986; Przeworski, 1985a; Levine, Sober y Wright, 1987.

cia a la comunidad. Pero se puede pensar también en una solidaridad moral derivada de una necesidad no material: la de identidad colectiva, la del reconocimiento por el *otro* (Pizzorno, 1989). Este es un punto que merecería consideración aparte, pero se puede asumir, a efectos del razonamiento, que no es central para la acción de clase *en cuanto tal* clase.

En cambio, las crecientes complejización y urbanización de la clase obrera industrial plantean un problema mucho más central: la desaparición de las condiciones para la acción de clase *comunitaria*. ¿Puede una clase obrera que ya no vive en comunidades relativamente cerradas (con alta componente de intercambio recíproco) emprender acciones de clase, movilizaciones, en función de sus intereses comunes? La respuesta sería que sí, pero siempre que cuente con organizaciones formales capaces de ofrecer *incentivos selectivos* a sus miembros para participar en la movilización colectiva, para pagar sus costes y no limitarse a esperar sus beneficios. Estos incentivos, tanto positivos como negativos, son según Olson la condición para la acción colectiva en grupos grandes con organización formal.

Ahora bien, lo notable es que si se analiza desde la perspectiva de la elección racional la evolución de la clase trabajadora de los países desarrollados de Europa, desde el último tercio del siglo pasado hasta la crisis de los años 70 en el presente, se puede concluir que la acción de clase ha sido profundamente racional en sus principales opciones: participar en la política parlamentaria (pese a las notables restricciones de ésta hasta la primera guerra mundial), optar por el reformismo frente a la vía revolucionaria, aceptar el compromiso socialdemócrata de posguerra (como juego cooperativo de suma no nula) frente a la tentación de estrangular las ganancias y las inversiones (Przeworski, 1985b). El problema surge para entender la ruptura de este compromiso como causa o consecuencia de la crisis de los años 70, que bien puede requerir la hipótesis de una elección no racional de las generaciones más jóvenes (y numerosas) que llegan al mercado de trabajo a finales de los años 60³², y que en todo caso apunta hoy a una creciente segmentación de la clase trabajadora que no facilita la recomposición del modelo socialdemócrata de posguerra.

Lo interesante, sin embargo, es subrayar que los problemas de la acción de clase como acción colectiva pueden plantearse en el marco del individualismo metodológico, y que los resultados explicativos son muy superiores a los ofrecidos por el paradigma clásico. En consecuencia parece prudente aceptar el reto de Elster y tratar de comprender la acción de clase desde la perspectiva de la elección racional. Y al hacerlo así no precisamos rechazar el concepto de clase, sino sólo reconocer que los intereses de clase no son la clave única y absoluta de la acción social.

³² Una masa de jugadores sin experiencia anterior en el juego del compromiso socialdemócrata y con altas expectativas creadas en el período anterior de crecimiento estable, lo que les lleva a romper las reglas de juego.

No son la clave absoluta, pues sólo se traducen en acción colectiva en determinadas circunstancias. Y no son la clave única, pues *otros* intereses pueden provocar acciones colectivas no coincidentes con las de clase o bien enfrentadas a la lógica de los intereses de clase: éste es el caso de los llamados nuevos movimientos sociales o de movimientos tan antiguos (y tan poco racionales desde la perspectiva de los intereses de clase) como el nacionalismo, el fundamentalismo, la xenofobia y un largo etcétera.

Pero, aceptadas estas limitaciones, podemos formular el axioma de que la búsqueda del interés individual, una de cuyas manifestaciones es la acción colectiva de clase, constituye el factor explicativo determinante de la acción social, y podemos así reivindicar la validez heurística y explicativa de nuestro segundo elemento primario para una red teórica que sea la formalización de un renovado materialismo histórico como programa de investigación.

5. El desarrollo del programa

Así esbozados, los dos elementos teóricos constituyen tan sólo, como se pretendía, una versión lo más próxima posible al propio planteamiento de Marx. No está de más, sin embargo, apuntar algunas diferencias fundamentales entre el nuevo programa y aquel planteamiento. La primera, y ya señalada, es que ahora la acción intencional y la selección estructural no responden a la misma lógica esencial, aunque existan condiciones de ligadura que unen ambos elementos teóricos. Las relaciones de clase que constituyen la estructura económica en el segundo enunciado de Marx-Cohen son también las que definen los intereses colectivos de clase. Pero en la medida en que la acción social no se reduce a éstos (pues existe acción colectiva independiente de los intereses de clase, y no siempre éstos se traducen en acción colectiva), la acción intencional y la selección (o causalidad) estructural no poseen una unidad esencial.

La segunda diferencia se deriva de ésta y de la interpretación de los enunciados legaliformes de Marx-Cohen como leyes tendenciales. La acción intencional puede conducir a estructuras económicas y supraestructuras políticas no ya subóptimas sino simplemente catastróficas desde la perspectiva de aquellos enunciados. Esto es lo que reconoce la cláusula del *Manifiesto* al señalar que la lucha de clases puede conducir a la superación de un modo de producción o a su colapso, pero este matiz ha sido muy poco tenido en cuenta en la interpretación tradicional y ahora toma, en cambio, un significado mucho más general.

En efecto, en el nuevo programa debe partirse de que los conflictos de interés y la acción colectiva que se deriva de ellos sólo conducen a formas superiores de organización social tras un largo proceso de selección estructural en el que se imponen finalmente las formas más eficientes, más competitivas y más equilibradas internamente. Pero *a priori* no hay ninguna lógica por la que la acción social en función de intereses conduzca a soluciones estables. Utilizando la jerga de la teoría de juegos se podría decir que el conflicto social es un juego iterado del que a la larga surge una estrategia dominante³³, pero en el que en sus primeros ensayos los jugadores obtienen resultados muy malos o mediocres, muy lejanos del equilibrio. Ese puede no sólo ser el caso en el que todos los jugadores pierdan excepto uno que, obteniendo grandes beneficios a corto plazo, ponga en grave peligro la continuidad del juego o sus propios resultados a largo plazo, sino también aquel en el que *todos* los jugadores pierden a medio plazo.

Para que no se trate de un proceso tan caótico como el de las mutaciones aleatorias previstas en la teoría neodarwiniana, es preciso contar con la capacidad de los agentes (jugadores) para aprender, no sólo a lo largo del mismo juego sino de la experiencia de otros jugadores en juegos análogos, tratando por tanto de introducir *intencionalmente* estrategias que conduzcan al equilibrio. La experiencia histórica no permite sin embargo albergar demasiado optimismo: no hay juegos idénticos ni con reglas fijas, y una estrategia dominante en un contexto puede ofrecer resultados pésimos (indeseados) bajo condiciones ligeramente distintas. Y la capacidad de aprendizaje, cuando se tienen en cuenta los procesos de relevo generacional en los agentes sociales, la consiguiente modificación de expectativas y la tendencia a mantener *repertorios estratégicos* heredados, pero inadecuados para jugadores con las nuevas expectativas, no parece que pueda suponerse tampoco suficientemente alta para eliminar resultados malos o mediocres en juegos teóricamente (ahistóricamente) sencillos.

La tercera diferencia es quizá la que más se ha puesto en evidencia en las críticas de la concepción tradicional: entre los actores que desarrollan la acción intencional deben distinguirse, al menos, dos planos bien diferenciados: los agentes sociales (movimientos o grupos de interés) y los actores políticos capaces de *procesar* las demandas de aquéllos dentro del sistema político. El marxismo clásico reduce la política al conflicto de clases, considera excepcional la autonomía del Estado y ve en todo actor político un actor de clase. Dicho de otra forma, niega la existencia del sistema político como regulador de los conflictos sociales, al reducirlo biunívocamente a la estructura de clase.

³³ Y se puede pensar que las estrategias dominantes tenderán a ser, si los jugadores tienen capacidad de aprendizaje, crecientemente cooperativas: véase Axelrod (1984).

El resultado no es sólo el predominio en la tradición clásica de los análisis instrumentalistas o ingenuamente funcionalistas del Estado³⁴, sino la inexistencia de análisis del sistema político en cuanto tal, es decir, de la constitución histórica de los actores políticos, de sus repertorios estratégicos y recursos potenciales, y sobre todo de su capacidad para procesar las demandas sociales de forma que éstas sean compatibles tanto con el equilibrio social como con la capacidad de reproducción de la misma sociedad en competición con otras. Por descontado, si se parte de que esta capacidad es un obstáculo para un cambio revolucionario *deseable* por conducir a una sociedad mejor, sólo tendría sentido estudiar sus condiciones para tratar de desmantelarlas.

Pero si se cuenta con la posibilidad de colapsos sociales, o simplemente se niega el principio revolucionario como clave del progreso social, la carencia de análisis del sistema político aparece como la peor consecuencia del peso de la concepción clásica para el desarrollo de un verdadero programa de investigación social. Este, por el contrario, exige como parte central una sociología política materialista, en la que actores sociales y políticos *preconstituidos*, en el marco de condiciones económicas dadas, interaccionan estratégicamente, y en el que las limitaciones del sistema político pueden ser un factor determinante (tanto como las condiciones económicas) del resultado de los conflictos de interés.

La hipótesis central en torno a la que gira este artículo es la de que, *de hecho*, el programa de investigación que aquí se propone viene ya desarrollándose, con notable éxito, por autores y en textos a los que no se identifica con él, que no son conscientes de moverse en su marco y que, en muchos casos, rechazarían frontalmente la propuesta metodológica formulada en los apartados anteriores. No obstante, su coherencia con el programa y la posibilidad de integrarlos en él resultan patentes, en algunos casos de forma inmediata y en otros suprimiendo simplemente algunos rasgos de retórica o de jerga procedentes del paradigma clásico.

Un ejemplo espectacular es el de la economía política *neorricardiana*, que, enraizada en la obra de Piero Sraffa (1960), constituye una crítica radical no sólo de la economía neoclásica, al socavar la base formal de la función de producción agregada, sino también de la teoría del valor de Marx, al mostrar que una sola variable independiente -la tasa de ganancia- determina a la vez los beneficios y los precios de todas las mercancías, incluyendo el de la fuerza de trabajo, es decir, los salarios.

³⁴ Un clásico del instrumentalismo es Miliband (1969). La más conocida interpretación funcionalista es la que en su momento se denominó estructuralista (Poulantzas, 1968).

La consecuencia no es sólo cortar el nudo gordiano de las incoherencias formales de la teoría de Marx³⁵, sino también poner de relieve que los salarios dependen de la tasa de ganancia, y que ésta depende de la relación de fuerzas entre capital y trabajo. Dicho de otra forma, que las ideas de Marx sobre la caída tendencial de los salarios (contenida a lo más por una cierta componente moral de éstos) son fundamentalmente erróneas, y que por el contrario la fuerza de los trabajadores puede llevar a que se produzca un descenso de los beneficios frente a los salarios. La mayor parte de los economistas están de acuerdo en que esto es precisamente lo que sucedió durante la crisis de los años 70, aunque en algunos países (como Gran Bretaña) ya viniera sucediendo a comienzos de los años 60.

Esta concepción de la economía política permite así prescindir de la teoría marxiana del valor-trabajo y de sus supuestas leyes de movimiento del capital, y trabajar dentro del marco de la economía ortodoxa a la vez que se introduce la lógica de la acción de clase dentro de la dinámica de la acumulación del capital. En la práctica esto significa una comprensión mucho más satisfactoria de los fenómenos económicos en nuestra sociedad, pese a las indudables limitaciones de la teoría neoclásica para dar cuenta de muchos de los aspectos sociales de la economía, que los intentos, tan frecuentes en los años 60, de reconstruir la crítica de la economía política de Marx en las nuevas condiciones del capitalismo tardío³⁶.

Pero más allá del caso muy específico de la economía política neorricardiana, que simplemente es *coherente* con el programa, pero no un desarrollo necesario de él, es muy interesante ver que buena parte de los trabajos inscritos en la llamada *sociología histórica* desde los años 70 se pueden considerar ensayos de un programa de investigación como el aquí propuesto: *aplicaciones* de su núcleo. Como se sabe, bajo esta denominación de sociología histórica se incluyen estudios en los que se intenta elaborar modelos sociológicos (o teorías de alcance intermedio) a partir de la contrastación de experiencias históricas que poseen, en su diversidad, rasgos comunes³⁷. Lo que diferencia a esta corriente de la historia social es la búsqueda de explicaciones macrocausales:

Por una parte los macroanalistas pueden intentar establecer que varios casos que tienen en común el fenómeno que se pretende explicar también tienen en común los factores causales propuestos hipotéticamente, aunque los casos varíen en otros aspectos que podrían haber parecido causalmente pertinentes [...] Por otra parte los macroanalistas pueden comparar casos en los que están presentes el fenómeno que se pretende

³⁵ De las que la más conocida es la transformación de valores en precios, pero que son potencialmente muchas más, incluyendo la posibilidad de tasas de explotación *negativas* (Steedman, 1977).

³⁶ Una exposición temprana de las posibilidades de la economía política neorricardiana para introducir la fuerza social de capital y trabajo en el análisis económico fue Nell (1972). Por otra parte, en Arrighi (1975) se ofrece un análisis sociológico de la crisis de los 70 cuyo razonamiento es implícitamente neorricardiano.

³⁷ Sobre este punto me remito a ideas ya expuestas en Paramio (1986). Una concisa y completa introducción puede hallarse en Juliá (1989).

explicar y las causas que se proponen hipotéticamente con otros casos ["negativos"] en los que tanto el fenómeno como las causas están ausentes, aunque en otros aspectos sean similares al máximo a los casos "positivos" (Skocpol y Somers, 1980: 183).

Ahora bien, mientras que Skocpol privilegia la causalidad *estructural*, especialmente en su conocida obra sobre las revoluciones antiabsolutistas (Skocpol, 1979), esta perspectiva es perfectamente compatible con la atención a la acción intencional. Toda una escuela analiza los cambios y conflictos políticos a través de la interacción estratégica de actores que tratan de incrementar sus *recursos políticos* (coactivos, morales y materiales) en la disputa por el poder (Tilly, 1978).

De hecho, puede pensarse que ambos enfoques deben completarse mutuamente, pues la causalidad estructural nos explica las *condiciones* de un fenómeno histórico, mas el hecho de que éste se haya dado históricamente sólo puede comprenderse al encontrar los actores sociales que aprovechan tales condiciones para actuar. Y, a la inversa, el marco en que se produce la interacción estratégica de los actores, y por consiguiente la posibilidad de que éstos vean aumentar o disminuir sus recursos políticos, exige el análisis estructural. Un buen ejemplo de este razonamiento complementario se encuentra en la brillante síntesis de Michael Taylor de los estudios sobre fenómenos de insurgencia y revolución realizados desde la teoría de la elección racional (Taylor, 1988), en la que precisamente toma como punto de partida las críticas contra Skocpol por limitarse a la explicación de tipo estructural.

En este sentido se puede decir que estas obras entran dentro de un programa que combina la explicación estructural e intencional de forma coherente con los dos elementos primarios que he intentado presentar como punto de partida de un materialismo histórico renovado. En algunos autores la combinación de ambos tipos de análisis es lo que precisamente da fuerza al resultado. La explicación de Robert Brenner del temprano desarrollo capitalista en Inglaterra (frente al retraso francés) resulta en este sentido ejemplar (Brenner, 1976 y 1982). Partiendo de la diferente capacidad de autorganización de las respectivas comunidades campesinas, Brenner explica la incapacidad del campesinado inglés para impedir su expropiación, la formación del Estado absolutista en Francia y la forma en que éste bloquea el desarrollo de un capitalismo agrario francés. Pero, a su vez, las diferentes formaciones de clase crean las condiciones estructurales que impiden la consolidación del absolutismo inglés y que posibilitan la revolución antiabsolutista en Francia: de Brenner a Skocpol se cierra la explicación de un ciclo esencial en la historia moderna de Europa occidental.

Más aún: combinado con el análisis de Brenner, el estudio de P. Anderson sobre el Estado absolutista (Anderson, 1974) permite comprender cómo éste es en Francia el resultado endógeno de una relación de relativo empate de fuerzas entre campesinado y nobleza, mientras al

este del Elba se generaliza como resultado de la acción *intencional* de la nobleza para contar con un aparato de Estado capaz de resistir la presión de los ejércitos estables de las nuevas monarquías absolutistas (un caso ejemplar es el de Prusia). La amenaza de una selección natural darwiniana (de la que ha sido un primer ensayo la guerra de los Treinta Años) lleva a una acción intencional de modernización estatal desde arriba. Pero los límites de la estructura económica (excepto en Prusia, donde el absolutismo moderniza *también* la economía) acaban por crear las condiciones estructurales de la revolución antiabsolutista, por ejemplo en la Rusia zarista, con lo que de nuevo volvemos a Skocpol y la amplitud explicativa del modelo crece a un nivel superior.

Estos ejemplos deberían bastar para dar idea de lo que se propone como desarrollo del programa que aquí se pretende esbozar, pero conviene subrayar otro aspecto de éste: ofrece una alternativa a la explicación monocausal de la llamada *nueva historia económica*, tal y como la presenta por ejemplo North (1981). Para esta escuela la pura racionalidad del mercado (la economía neoclásica) explica los cambios sociales, por ejemplo la aparición del capitalismo, o al menos ofrece la heurística fundamental para abordarlos. Uno de los principales méritos de Brenner es mostrar la insuficiencia de la lógica de la oferta y la demanda (en este caso de fuerza de trabajo, mediante la introducción de algunas elementales hipótesis demográficas) para explicar la aparición de la agricultura capitalista. Es preciso introducir variables *políticas*, los recursos políticos del campesinado y la nobleza, para comprender la diferente evolución de sociedades en otros sentidos análogas.

La autonomía de lo político es también una de las líneas conductoras del trabajo de Theda Skocpol, quien tras su obra sobre las revoluciones antiabsolutistas se ha volcado en un proyecto de investigación sobre el Estado, para recuperar su papel como *institución* y no como puro instrumento al servicio de los intereses de la clase dominante, tratando de mostrar cómo las propias funciones del Estado en las sociedades complejas le exigen una creciente autonomía respecto a los intereses de clase o de cualquier otro grupo de interés (Skocpol, 1985).

Sigue en ello a trabajos anteriores que rechazaban la noción clásica de *autonomía relativa* del Estado para tratar de hallar las causas estructurales de la creciente autonomía del Estado (Block, 1977), y se remonta a la tradición abierta por Otto Hintze (Hintze, 1970) sobre el doble condicionamiento estructural que explica la aparición en Europa del Estado moderno: la competición interestatal y los equilibrios internos. El trabajo de Skocpol trata actualmente de mostrar las razones de la aparición del Estado de bienestar, a partir de las experiencias del New Deal y de la socialdemocracia europea. La reproducción social exige al Estado, en virtud de la relación de fuerzas entre las clases, una creciente autonomía respecto a los intereses in-

mediatos de éstas: el problema es saber en qué condiciones institucionales y sociales la Administración puede llegar a mostrar tal autonomía (Weir y Skocpol, 1985).

La perspectiva resultante es complementaria de los análisis de Block y Przeworski, y está próxima a la propuesta de una sociología política capaz de analizar, por ejemplo, las quiebras de los regímenes sociales de acumulación (Nun, 1987) de la posguerra en América Latina como resultado del agotamiento del repertorio estratégico de los actores, y a la vez como causa de la volatilidad del sistema de partidos en ausencia de nuevos actores y estrategias (Paramio, 1991). En este sentido, además, enlaza con intentos muy anteriores de combinar metodológicamente el enfoque funcional-estructural con el enfoque de la acción social para explicar el cambio político, mostrando cómo los cambios en el entorno (y los producidos por la propia dinámica de desarrollo de una formación social) alteran los recursos políticos de los actores y conducen a la formación de nuevas coaliciones entre ellos, y de esta manera a transformaciones del régimen político³⁸.

Así, *esta* sociología histórica que aquí se presenta como ejemplo o aplicación concreta del nuevo materialismo histórico no sólo no es un economicismo, sino que es el terreno donde puede enfrentarse el desafío que hoy representa la colonización de las ciencias sociales por la microeconomía, el terreno en el que es posible defender la *autonomía de lo político* y a la vez reconocer algo que muy pocos científicos sociales se atreven a negar: que la economía fija los límites de posibilidad de los fenómenos políticos a largo plazo (o, como se decía en tiempos más enfáticos, *en última instancia*).

Este programa es, en suma, la propuesta de un terreno común en el que se puedan encontrar la sociología histórica y la sociología política, y en el que los materiales historiográficos y el formalismo microeconómico pueden ser explotados al máximo sin ceder a la tentación de dejar que nos impongan sus propias reglas de juego. No ofrece ya la posibilidad de alcanzar *leyes de la historia* o de predecir el futuro, pero sí la de elaborar modelos y teorías de alcance intermedio que nos permitan comprender mejor el presente y explicar causalmente el pasado. Se diría que es un terreno que merece la pena explorar.

³⁸ Almond, Flanagan y Mundt (1973) presentaron un programa muy coherente de combinación de estos enfoques desde una perspectiva comparativa. Los mismos autores (1992) afirman su voluntad de retomarlo en un estudio de las transiciones democráticas de los años 80, a la vez que subrayan, con justicia y amarga ironía, que su trabajo original fue ignorado por autores que ahora llegan a las mismas posiciones metodológicas con la buena conciencia del descubridor: *nostra culpa*.

Referencias

- Adorno, T.W., et al. (1969), *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona: Grijalbo, 1972 [*Der Possitivismusstreiet in der deutschen Soziologie*, Berlin: Luchterhand].
- Almond, G.A., Flanagan, S.C., y Mundt, R.J. (1973), *Crisis, choice, and change: historical studies of political development*, Boston: Little, Brown & Co.
- Almond, G.A., Flanagan, S.C., y Mundt, R.J. (1992), "'Crisis, choice, and change' in retrospect", *Government and Opposition* **27**: 345-367.
- Anderson, P. (1974), *Lineages of the absolutist state*, Londres: NLB [*El Estado absolutista*, Madrid: Siglo XXI, 1979].
- Anderson, P. (1976), *Considerations on Western Marxism*, Londres: NLB [*Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid: Siglo XXI, 1978].
- Anderson, P. (1983), *In the tracks of historical materialism*, Londres: Verso [*Tras las huellas del materialismo histórico*, Madrid: Siglo XXI, 1986].
- Arrighi, G. (1975), "Towards a theory of capitalist crisis", *New Left Review* **111**: 3-24, 1978 ["Una nueva crisis general", *Zona Abierta* **5**: 77-112].
- Axelrod, R. (1984), *The evolution of cooperation*, Nueva York: Basic [*La evolución de la cooperación*, Madrid: Alianza, 1986].
- Balzer, W., Moulines, C.U., y Sneed, J.D. (1987), *An architectonic for science: the structuralist program*, Dordrecht: Reidel.
- Barratt Brown, M. (1963), *After imperialism*, Londres: Heinemann, 1970.
- Becker, G. (1981), *Tratado sobre la familia*, Madrid: Alianza, 1987 [*Treatise on the family*, Cambridge: Harvard University Press].
- Block, F. (1977), "La clase dominante no gobierna: notas sobre la teoría marxista del Estado", *En Teoría* **6**: 3-27, 1981 ["The ruling class does not rule: notes on the Marxist theory of the state", *Socialist Revolution* **33**: 6-28].
- Brenner, R. (1976), "Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe", *Past and Present* **70**: 30-75 ["Estructura de clase agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial", en T.H. Ashton y C.H.E. Philpin, comps., *El debate Brenner: estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, 21-81, Barcelona: Crítica, 1988].
- Brenner, R. (1982), "The agrarian roots of European capitalism", *Past and Present* **97**: 16-113 ["Las raíces agrarias del capitalismo europeo", en T.H. Ashton y C.H.E. Philpin, comps., *El debate Brenner: estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, 254-386, Barcelona: Crítica, 1988].
- Calhoun, C.J. (1988), "The radicalism of tradition and the question of class struggle", en M. Taylor, comp., *Rationality and revolution*, 129-175, Cambridge: Cambridge University Press.
- Carling, A. (1986), "Rational choice Marxism", *New Left Review* **160**: 24-62.

- Carnap, R. (1928), *La construcción lógica del mundo*, México: UNAM, 1988 [*Der logische Aufbau der Welt*, 2ª ed., Hamburgo: Felix Meiner, 1961].
- Claudín, F. (1970), *La crisis del movimiento comunista*, París: Ruedo Ibérico.
- Cohen, G.A. (1978), *Karl Marx's theory of history: a defence*, Oxford: Oxford University Press [*La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa*, Madrid: Pablo Iglesias y Siglo XXI, 1986].
- Cohen, G.A. (1982), "Reply to Elster on Marxism, functionalism and game theory", *Theory and Society* **11**: 483-495 ["Réplica a 'Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos' de Elster", *Zona Abierta* **33**: 63-80, 1984].
- Elster, J. (1982), "Marxism, functionalism and game theory: the case for methodological individualism", *Theory and Society* **11**: 435-482 ["Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: alegato en favor del individualismo metodológico", *Zona Abierta* **33**: 21-62, 1984].
- Elster, J. (1985), *Making sense of Marx*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Elster, J. (1988), "Marx, revolution and rational choice", en M. Taylor, comp., *Rationality and revolution*, 206-228, Cambridge: Cambridge University Press.
- Feyerabend, P.K. (1975), *Against method*, Londres: NLB [*Tratado contra el método*, Madrid: Tecnos, 1981].
- Hempel, C.G. (1959), "Problemas y cambios en el criterio empirista de significado", en A.J. Ayer, comp., *El positivismo lógico*, 115-136, México: Fondo de Cultura Económica, 1965 [*Logical positivism*, Glencoe: Free Press].
- Hintze, O. (1970), *Feudalismo/capitalismo*, Barcelona: Alfa, 1987 [*Feudalismus-Kapitalismus*, ed. de G. Oestreich, Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht].
- Hobsbawm, E.J. (1964), *Trabajadores: estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona: Crítica, 1979 [*Labouring men: studies in the history of labour*, Londres: Weidenfeld & Nicolson].
- Hunt, L. (1984), "Charles Tilly's collective action", en T. Skocpol, comp., *Vision and method in historical sociology*, 244-275, Cambridge: Cambridge University Press.
- Juliá, S. (1989), *Historia social/sociología histórica*, Madrid: Siglo XXI.
- Korpi, W. (1983), *The democratic class struggle*, Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Kuhn, T.S. (1962), *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica, 1971 [*The structure of scientific revolutions*, Chicago: University of Chicago Press].
- Laclau, E., y Mouffe, C. (1985), *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid: Siglo XXI, 1987 [*Hegemony and socialist strategy*, Londres: Verso].
- Lakatos, I. (1977a), *Matemáticas, ciencia y epistemología*, Madrid: Alianza, 1981 [*Philosophical papers*, ed. de J. Worrall y G. Currie, vol. 2, *Mathematics, science and epistemology*, Cambridge: Cambridge University Press].

- Lakatos, I. (1977b), *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid: Alianza, 1983 [*Philosophical papers*, vol. 1, *The methodology of scientific research programmes*, ed. de J. Worrall y G.P. Currie, Cambridge: Cambridge University Press].
- Lakatos, I., y Musgrave, A., comps. (1970), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Barcelona: Grijalbo, 1975 [trad. ampliada de *Criticism and the growth of knowledge*, Cambridge: Cambridge University Press].
- Lenin, V.I. (1899), *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Barcelona: Ariel, 1975.
- Levine, A., Sober, E., y Wright, E.O. (1987), "Marxism and methodological individualism", *New Left Review* **162**: 67-84 ["Marxismo e individualismo metodológico", *Zona Abierta* **41-42**: 131-158, 1987].
- Mach, E. (1886), *Análisis de las sensaciones*, Barcelona: Alta Fulla, 1987 [*Die Analyse der Empfindungen*, Jena].
- Miliband, R. (1969), *El Estado en la sociedad capitalista*, México: Siglo XXI, 1970 [*The state in capitalist society*, Londres: Weidenfeld & Nicolson].
- Moulines, C.U. (1982), *Exploraciones metacientíficas*, Madrid: Alianza.
- Nell, E. (1972), "Economics: the revival of political economy", en R. Blackburn, comp., *Ideology in social science*, 76-95, Londres: Fontana-Collins.
- North, D. (1981), *Estructura y cambio en la historia económica*, Madrid: Alianza, 1984 [*Structure and change in economic history*, Nueva York: Norton].
- Nun, J. (1987), "Vaivenes de un régimen social de acumulación en decadencia", en J. Nun y J. C. Portantiero, comps., *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, 83-116, Buenos Aires: Puntosur.
- Olson, M. (1965), *The logic of collective action*, Cambridge: Harvard University Press.
- Paramio, L. (1986), "Defensa e ilustración de la sociología histórica", *Zona Abierta* **38**: 1-18.
- Paramio, L. (1988a), "Tras el diluvio: introducción", en *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, 1-30, Madrid: Siglo XXI.
- Paramio, L. (1988b), "La filosofía de la historia de Karl Marx", en *Tras el diluvio: la izquierda ante el fin de siglo*, 49-72, Madrid: Siglo XXI.
- Paramio, L. (1991), "El final de un ciclo y la crisis de unos actores: América Latina ante la década de los 90", *Revista de Estudios Políticos* **74**: 131-143.
- Pizzorno, A. (1989), "Algún otro tipo de alteridad: una crítica a las teorías de la elección racional", *Sistema* **88**: 27-42.
- Popkin, S. (1979), *The rational peasant: the political economy of rural society in Vietnam*, Berkeley: University of California Press.
- Popper, K.R. (1959), *La lógica de la investigación científica*, Madrid: Tecnos, 1972 [*The logic of scientific discovery*, Londres: Hutchinson].
- Poulantzas, N. (1968), *Poder político y clases sociales*, México: Siglo XXI, 1969 [*Pouvoir politique et classes sociales*, París: Maspéro].

- Przeworski, A. (1985a), "Marxismo y elección racional", *Zona Abierta* **45**: 97-136, 1987 ["Marxism and rational choice", *Politics and Society* **14**: 379-409].
- Przeworski, A. (1985b), *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid: Alianza, 1988 [*Capitalism and social democracy*, Cambridge: Cambridge University Press].
- Runciman, W.G. (1989), *A treatise on social theory*, vol. 2, *Substantive social theory*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Skocpol, T. (1979), *States and social revolutions: a comparative analysis of France, Russia and China*, Cambridge: Cambridge University Press [*Estados y revoluciones sociales*, México: Fondo de Cultura Económica, 1984].
- Skocpol, T. (1985), "Bringing the state back in: strategies of analysis in current research", en P.B. Evans, D. Rueschmeyer y T. Skocpol, comps., *Bringing the state back in*, 3-43, Nueva York: Cambridge University Press ["El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual", *Zona Abierta* **50**: 71-122, 1989].
- Skocpol, T, y Somers, M. (1980), "The uses of comparative history in macrosocial inquiry", *Comparative Studies in Society and History* **22**: 174-197.
- Sraffa, P. (1960), *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Barcelona: Oikos-Tau, 1966 [*Production of commodities by means of commodities*, Cambridge: Cambridge University Press].
- Steedman, I. (1977), *Marx after Sraffa*, Londres: NLB.
- Stegmüller, W. (1973), *Estructura y dinámica de teorías*, Barcelona: Ariel, 1983 [*Theorienstrukturen und Theoriendynamik*, Berlín: Springer].
- Taylor, M. (1988), "Rationality and revolutionary collective action", en M. Taylor, comp., *Rationality and revolution*, 63-97, Cambridge: Cambridge University Press ["Racionalidad y acción colectiva revolucionaria", *Zona Abierta* **54-55**: 69-113, 1990].
- Tilly, C. (1978), *From mobilization to revolution*, Reading: Addison-Wesley.
- Van Parijs, P. (1981), *Evolutionary explanation in social science*, Totowa: Rowman & Littlefield.
- Van Parijs, P. (1982), "Functionalist Marxism rehabilitated: a comment on Elster", *Theory and Society* **11**: 497-511 ["El marxismo funcionalista rehabilitado: comentario sobre Elster", *Zona Abierta* **33**: 81-101, 1984].
- Wallerstein, I. (1974), *The modern world-system*, vol. 1, *Capitalist agriculture and the origins of the European world economy in the sixteenth century*, Nueva York: Academic Press [*El moderno sistema mundial*, vol. 1, *La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi*, Madrid: Siglo XXI, 1979].
- Weir, M., y Skocpol, T. (1985), "State structure and the possibilities for Keynesian responses to the Great Depression in Sweden, Britain and the United States", en P.B. Evans, D. Rueschmeyer, y T. Skocpol, comps., *Bringing the state back in*, 107-163, Nueva York: Cambridge University Press.
- Wright, E.O. (1985), *Classes*, Londres: NLB [*Clases*, Madrid: Siglo XXI, 1994].
- Wright, E.O., et al. (1989), *The debate on classes*, Londres: Verso.